

Damiana Perera Calzadilla
Susel A. Domínguez Almaguer

La masculinidad en construcción. Un análisis de género

El siglo XX fue el siglo de la revolución femenina. En esta centuria la mujer, junto a la tecnología, se convirtió en el motor decisivo de la vertiginosa transformación que sufrió el mundo. Estas transformaciones ocurrieron en el ámbito de las fuerzas productivas y provocaron cambios cualitativos en el desempeño social de las mujeres. Su lucha fue y es todavía, dura, prolongada y llena de dificultades pero, también, repleta de satisfacciones y avances, tanto personales como sociales. Impresiona comparar la situación de las mujeres hace apenas cien años con la que disfrutan ahora.

El proceso de liberación de la mujer ha removido los cimientos de toda nuestra sociedad. Hemos tenido que cambiar nuestros pensamientos, valores y hábitos, desde el trabajo hasta nuestro propio hogar. Visto desde ahora, el camino recorrido ha sido enorme.

Históricamente la sociedad asignó a la mujer un papel desigual con respecto al hombre, la cultura patriarcal le confinó una dependencia marcada fundamentalmente por lo económico, al hombre correspondía el deber de ser proveedor y sustento, mientras que ellas tenían la responsabilidad de la reproducción social, la procreación y el cuidado de los hijos.

Significativos resultan los avances alcanzados por las mujeres, luego de siglos de subordinación que las ubicaban ante una desventajosa posición con respecto a los varones. La conquista del espacio público por las féminas se convirtió en cotidiano, haciendo necesario una redistribución de tareas, tanto para hembras, como para varones.

Para la mujer, llegar a disfrutar de los mismos derechos que los hombres se constituyó en una meta, lo que determinó el punto de viraje de toda la historia, asociada a la cultura patriarcal, que las sentenciaba al poder de los afectos en función de los otros y limitaba su inteligencia para el desempeño de otras actividades desarrolladoras de su personalidad.

Asociado a esto, podemos decir que, la transmisión de valores a través de la cultura, la religión, las costumbres y las normas asociadas a los roles que deben asumir y desempeñar los diferentes sexos, está condicionada por la forma peculiar en la que los diferentes grupos sociales, fundamentalmente la familia, han ido construyendo los modelos de feminidad y masculinidad.

Estos modelos son elaborados por la sociedad y se transmiten de generación en generación, para formar parte de un proceso de socialización que significa los patrones que norman el ser hombre o mujer.

Como proceso, la socialización se realiza desde que el individuo nace y transcurre a lo largo de toda su vida y se refiere, específicamente, al “proceso de interiorización de las normas, valores sociales y a la apropiación de toda la experiencia social que se da en el individuo, proporcionándole la posibilidad de integrarse a la vida social y establecer los vínculos sociales necesarios para ello” (Norma Vasallo). Es un proceso que se realiza en dos direcciones, por un lado se ubica toda la influencia social que recibe el individuo durante su desarrollo y por el otro, la codificación y decodificación que este realiza de toda esa influencia, es decir el individuo se manifiesta como objeto y como sujeto de las relaciones sociales.

La socialización ocurre entonces en el marco de diferentes grupos sociales, entre los que se encuentran la familia, la escuela, el grupo de amigos, etc. En el caso de la familia podríamos decir que esta se ubica en el centro de este proceso, por la influencia especial que ejerce desde el propio nacimiento de la niña o el niño, la socialización en la familia adquiere valor a través de todas las acciones que ponen en una situación relacional a padres e hijos, en este sentido el individuo va recibiendo un conjunto de signos sociales a partir de las representaciones de su ámbito familiar y va registrando una serie de símbolos que le permiten ir adquiriendo su identidad, de esta forma el individuo aprende si es niño o niña y logra identificar las diferencias que existen entre el ser mujer o el ser hombre.

Este aprendizaje de roles femenino y masculino ha transcurrido en los marcos de la subordinación, donde lo femenino ha estado siempre supeditado a lo masculino. El contexto familiar se ha encargado de reforzar las diferencias entre los sexos al distribuir tareas y actividades diferentes a niños y niñas, los primeros están destinados a realizar actividades que requieren fortaleza física y un dominio del medio exterior, mientras que las niñas ocupan el lugar privilegiado en aquellas en las que deben servir y atender a los otros, para poder poner en práctica toda su sensibilidad y delicadeza.

Evidentemente las asignaciones tradicionales han trascendido nuestros días y perduran aún, a pesar de los cambios que se han operado en el terreno femenino. La familia se ha mantenido como portadora y trasmisora de la tradición patriarcal, generando conflictos y malestares como consecuencia de sus limitaciones para redimensionar los desempeños de cada rol.

Sin embargo las auto-concepciones de hombres y mujeres en masculinidad y feminidad comienzan a mostrar cambios socioculturales significativos con expresión en el desempeño de los roles, principalmente en las relaciones de pareja y familiares, la nueva distribución nos muestra un escenario en el que los primeros han ganado un espacio diferente en el ámbito privado, al asumir con un mayor protagonismo el rol de padres y cuidadores. La creciente participación de la mujer en todas las áreas de la vida social, su progresiva preparación profesional, su mayor accesibilidad a puestos laborales diversos, incluyendo los de poder y decisión y su incuestionable aporte al ingreso familiar, han sido en el caso femenino algunos de los más significativos.

Pero se hace muy difícil cambiar, cuando las generaciones precedentes influyen decisivamente en la transmisión de valores y normas de comportamiento estereotipados que refuerzan los de la familia patriarcal. No puede negarse que todavía persiste la sobrecarga femenina, determinada por los prejuicios relacionados con la educación y crianza de los hijos y las tareas del hogar y en relación con ello las exigencias de proveedor recaen todavía sobre los hombres.

160

Ante estos cambios culturales se ha hecho evidente una reconceptualización por ambos roles de una serie de significados simbólicos acerca del ser mujer y el ser hombre en función de limar ciertas

desigualdades que limitan el crecimiento desarrollador en ambos casos. Las féminas han tenido y tienen al patrón masculino como modelo a alcanzar, pero ¿qué ha pasado con los varones?

La masculinidad muchas veces silenciada también ha sufrido los efectos negativos de la cultura patriarcal que, como ya explicamos, puso sobre sus hombros la responsabilidad del control y el poder, y los limitó en la expresión de sus afectos, como resultado de una representación desacertada del ser hombre.

Por regla general, el hombre ha sido un sujeto pasivo de este proceso, ha observado los grandes cambios que se han ido produciendo y ha intentado asumirlos lo mejor que ha podido. La mayoría de las veces no lo ha logrado, o lo ha hecho a medias, o demasiado tarde.

Ante los cambios femeninos, los hombres se han visto frente a una nueva dificultad, en este caso sin un modelo claro a seguir que les indique cómo desempeñarse eficazmente, en un rol que les exige prácticas en las que no han sido entrenados.

La falta de claridad en la nueva concepción de la masculinidad conduce a marcadas limitaciones en el proceso de socialización de los niños varones. Padres y madres continúan transmitiendo enseñanzas tradicionales que limitan la expresión espontánea de emociones y sentimientos y refuerzan características asociadas a la fortaleza física y el control económico. Frases tales como: “los hombres no lloran...”, “los varones andan solos...”, “los niños deben cuidar y proteger a las niñas...”; resultan cotidianas en los hogares cubanos, donde incluso las madres, impiden que sus hijos varones colaboren en tareas domésticas, incluyendo aquellas que tienen que ver con su validísimo personal.

Durante el proceso de socialización de la masculinidad, que implica la formación de una identidad genérica, caracterizada por un conjunto de valores personales y sociales que posibiliten la inserción de los varones en los diferentes grupos, no se observan cambios que faciliten la formación de un hombre mejor preparado para enfrentar las exigencias de un medio que cada vez le es más adverso y generador de malestares.

La separación física y emocional entre padre e hijo, dificulta el aprendizaje del significado de la masculinidad. En la bibliografía se

plantea que en la sociedad actual, son evidentes tres métodos de aprendizaje de la masculinidad (Michel Kimmel).

En un primer plano encontramos que, los niños suelen ilustrarse acerca de la masculinidad mediante los medios de comunicación, donde los patrones de masculinidad exhibidos son de galanes, deportistas, o de hombres agresivos y muy violentos.

Otra fuente importante de transmisión del modelo masculino es el grupo de amigos. Los niños, pasan mucho más tiempo con otros niños de su edad que con hombres adultos. En estos grupos siempre resulta vencedor el más agresivo y violento, el que más afronta la autoridad. Y es él quien termina dando el ejemplo de una masculinidad "triumfante".

La tercera forma en que los niños y los jóvenes se instruyen acerca de la masculinidad es por reacción. Al estar rodeado principalmente de mujeres, el niño llega a interpretar lo "masculino" como "no femenino". Los riesgos particulares en esta forma de aprendizaje son la muy limitada gama de conductas que llegan a ser aceptadas como "masculinas" y el probable desarrollo de actitudes antagónicas hacia las mujeres.

Estas tres formas de aprendizaje de la masculinidad que se transmiten cotidianamente a niños y jóvenes, expresan una imagen altamente estereotipada, distorsionada y limitada de la masculinidad.

Así un alto porcentaje de niños continúa aprendiendo que ser hombres implica ocultar sentimientos que expresen ternura, cariño o dolor, reservándoseles los de ira, agresividad, audacia y placer como muestras de la masculinidad ideal, construimos de esta forma el "macho" castrado de su sensibilidad.

Es obvio que los hombres sienten tanto como las mujeres, pero desde muy temprano aprenden a enmascarar sus sentimientos y son lanzados al afuera donde se les exige un comportamiento potente y agresivo.

Se hace necesario entonces describir cuáles son los elementos que, en nuestro país, caracterizan el proceso de socialización de la masculinidad de niños varones, en función de desarrollar programas de intervención comunitaria que brinden espacios de reflexión sobre la transmisión de patrones masculinos que potencien comportamientos saludables y reviertan la situación de ese género

Bibliografía

- Cardelle, Frank. "Cara a cara". Revista Uno Mismo, Vol. 3, No. 11, 1992.
- Castellano, Roxanne. "Psicología. Selección de textos". Editorial. Félix Varela, 2003.
- Criquillón, Ana. "La cuestión masculina: ¿Otro problema femenino?". Suplemento vamos de compras, Diario Prensa Libre (Guatemala), 16-XII-94.
- Kimmel, Michel. "La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes", en: Fin de siglo, género y cambio civilizatorio. ISIS Internacional. Chile, 1992.
- Mérola, Giovanna. "Hombres y masculinidades". Revista/fempres (Chile) No. 183, enero de 1997.
- Stoessiger, Nick. "Subdividir y dominar". Revista XY: men, sex, politics, 6(3). Australia, 1996.